PEDRO OCAMPO RAMIREZ, EXCELENTE AMIGO Y EJEMPLAR

A La Sombra De

POR CRISTINA PACHECO

A las once y media de la mañana del martes 6 de marzo dos empleados de la funeraria entraron silenciosamente en la capilla número 5. Uno apartó las veladoras. Otro quitó de las coronas blancas las cintas que revelaban la procedencia de la ofrenda. Con prontitud inexorable pusieron el freno del soporte metálico que desde la noche anterior sostenía el ataúd gris. En segundos lo depositaron en uno idéntico. Tan silenciosamente como habían aparecido, se esfumaron tras una puerta lateral.

Aun cuando estaba llena de familiares y de amigos, la capilla pareció horriblemente vacía. Guardamos silencio, permanecimos inmóviles, anonadados. La desaparición del ataúd gris era la constancia definitiva de un hecho que quizá muchos nos habíamos resistido a aceptar: la muerte del gran periodista Pedro Ocampo Ramírez. A las 11.35 él reinició su camino de regreso a Tabasco para descansar —como fue su sueño— "a la sombra de una ceiba" y nosotros empezamos a despedirnos. Intercambiamos direcciones, números telefónicos y la promesa de que muy pronto volveríamos a reunirnos. Es posible que no ocurra así pero en cualquier sitio donde nos encontremos todos padeceremos la misma sensación de pérdida por la muerte de Pedro Ocampo Ramírez.

A la salida de la capilla escuché un comentario: "No hay que llorar por Pedro. Seguramente a estas horas está conversando muy contento con sus amigos de toda la vida: Pepe Alvarado, René Arteaga, Roberto Jordán, Renato Leduc".

Al grupo de tan brillantes contertulios habría que agregar dos nombres que se suman a la lista de los tristemente desaparecidos: Alejandro Gómez Arias y Alberto Peniche Blanco.

II

Después de varios meses de no venir a la ciudad de México, el sábado 3 de marzo Pedro Ocampo Ramírez volvió al Distrito Federal. Esa misma noche me llamó. Cuando tomé el auricular lo primero que escuché fue su risa: "Siquiera dime ¡bienvenido! ¿no?" Estaba contento, entusiasmado porque días antes asistió en Villahermosa a la presentación de su primer libro: **La sombra de la ceiba (y otros excesos)**: una serie de crónicas que, escritas en diferentes etapas, son en su conjunto "un faro en la selva", una luz en "la ciudad de piedra".

Tanto o más gusto le produjo notificarme que "en mi tierra están empezando a florecer los cocoites. Tienes que ir allá para que veas cómo se está llenando todo de colores. Me siento afortunado de testificar un año más este milagro, esta maravilla".

Antes de salir para encontrarse con los familiares y amigos decidió descansar un poco. "No he recorrido las calles, pero en el camino del aeropuerto a Romita vi que también tienes qué presumirme: las jacarandas y los colorines que empiezan a florecer. ¿Cuándo nos vemos?"

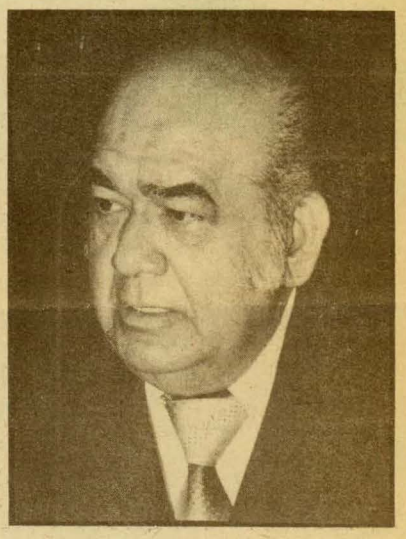
Cuando Pedro me formuló esa pregunta jamás pensé que iba a encontrarlo al otro día, pero ya inmovilizado por la muerte. Recibí la noticia por teléfono. Al principio me costó trabajo identificar la voz de Guillermina: "Soy la amiga de don Pedro. Ven. Está aquí, en mi casa, muerto. Ya llegó doña Elbia. La pobre no puede ni hablar. Está inconsolable. Ven".

Alguien había a la entrada de la casa, pero únicamente recuerdo a Santiago Ocampo ("Mi padre era mi ídolo") que me condujo hacia el piso de arriba. En una habitación muy pequeña, llena de claridad y de tibieza, se escuchaban los gemidos de las mujeres. En la cama, envuelto en una sábana, yacía Pedro Ocampo Ramírez. Su expresión era completamente serena: "Y es que su muerte fue instantánea. No sufrió nada" —insistió Magda.

Confusa, llena de dolor, describió los últimos minutos de vida de Pedro Ocampo Ramírez: "Llegó aquí como a las doce y media. Ibamos a comer juntos y a platicar de un proyecto que he estado pensando desde hace ya mucho tiempo: hacer una revista. ¿Y quién mejor para orientarme que don Pedro? Llegó como a las doce y media, lo vi contento. Lo primero que hizo fue pedirme un vaso de agua y preguntarme si tengo máquina mecánica. Acuérdate que siempre decía: "A mí las eléctricas y las computadoras no me gustan. Yo necesito la máquina pesada, que hace ruido, con la que uno se agarra literalmente a golpes para sacar el maquinazo".

"Antes de irnos a comer, don Pedro pensó escribir las fichas para una conferencia que iba a dar esta semana en el Museo de la Ciudad de México. Lo dejé un momento mientras iba a traerle un vaso de agua. Cuando entré nuevamente en el cuarto lo vi agacharse para tomar un cojín. Se desplomó. Estaba muerto".

Vicioso de la lectura, fanático de la amistad, amante de su tierra, su preocupación principal era México: "Me preocupa que los columnistas políticos emitan opiniones a la ligera, sin ver antes hacia uno y otro lado de la calle. Me inquieta aún más que ellos, lejos de contribuir al esclarecimiento de los hechos y a la coexistencia de todas las corrientes de pensamiento, se limiten a convertirse en provocadores que



Pedro Ocampo Ramírez, uno de los periodistas políticos de mayor visión.



Don Alejandro Gómez Arias, distinguido colaborador, nos abandonó este 1990.

Cuando escuché el relato de Guillermina sentí un alivio inmenso porque supe que se había cumplido el máximo anhelo de Pedro Ocampo Ramírez: "No creas que le tengo miedo a la muerte. Lo que me da verdadero pavor es una enfermedad larga. Tú no sabes lo que siento cuando me entero de que algún amigo está en el hospital, lleno de agujas, de sondas, de aparatos espantosos que ni le garantizan la sobrevivencia pero sí le amargan los últimos días de vida. No, yo no quiero que eso me suceda a mí. Todo menos pasarme años tirado en una cama, causándole dolor y gastos a la familia. Imagínate eso de vivir sin poder valerme por mí mismo, sometido a una dieta espantosa, ya sin poder tomarme ni una copa. La muerte tiene que venir, pues que sea rápido. Yo les digo a Elbia y a mis hijos que si eso me ocurriera no se dejen llevar por la tristeza..."

Generoso, inteligente, recto, Pedro Ocampo Ramírez fue sabio para vivir y muy afortunado a la hora de su muerte. Ocurrió a las dos de la tarde del día 5 de marzo. Hora y fecha fueron citadas una y otra vez porque el teléfono de la capilla funeraria no dejó de sonar. Los periodistas de Villahermosa y los de la ciudad de México pedían datos precisos. El encargado de proporcionarlos fue Mauricio Ocampo: "Mi padre nació en Frontera, el 16 de diciembre de 1919. Ocupó varios cargos públicos. Fue periodista de El Diario de México, Excélsior, Ultimas Noticias, Novedades, Unomásuno. También estuvo algún tiempo trabajando como comentarista en el Canal 13 y en el Canal 11. Actualmente era jefe de asesores del gobernador de Tabasco. Publicó un solo libro: **La sombra de la ceiba (y otros excesos)** pero en realidad todo su pensamiento, su vida entera, quedaron dispersos en las páginas de los diarios. Lo sobreviven mi madre —Elbia Echalaz de Ocampo Ramírez—, cuatro hijos, sus nueras, sus nietos...

A Mauricio Ocampo se le olvidó decir que a Pedro lo sobrevivimos también un sinnúmero de amigos. Si un día nos reuniéramos todos tal vez podríamos rehacer la magia de un hombre que nos iluminó con su bondad y

Silvia Hernández habla de

LOS CAMBIOS EN EL PRI,

DE SUS ACTIVIDADES POLITICAS Y DE SU VIDA FAMILIAR

POR PATRICIA BERUMEN



Patricia Berumen... Entrevistadora incisiva, charla amigable.

Silvia Hernández nos recibe puntual en su oficina con vista al Monumento a la Revolución. El ambiente de luces tenues, arreglos florales, tapices de lana y orden impecable denota la femineidad de quien la ocupa. Al notar la presencia del fotógrafo solicita unos minutos para darse una manita de gato, aunque no la necesitaba. Regresa fresca para contestar una llamada de su casa. Las muchachas solicitan vacaciones para Semana Santa, se informa sobre sus hijos. Cuelga ya tranquila y dispuesta a contestar nuestras preguntas.

¿Cómo empezaste a militar en el PRI?

—Entré siendo una veinteañera, todavía estaba en la Universidad estudiando Ciencias Políticas y Administración Pública cuando hice mi primer trabajo para el PRI. Fue la campaña de Martínez Corbalá en mi distrito. Me tocó levantar encuestas en Coyoacán. Te habló del 63 ó 64. Llegó después a mi distrito Lupe Rivera Marín, me metí a organizarle visitas domiciliarias. Fueron mis pininos. Ya trabajando constantemente en 69 trabajé en la campaña de Echeverría.

Desde entonces Silvia Hernández ha ocupado diversos puestos. Directora General del INJUVE (Instituto Nacional de la Juventud) en 1977, del CREA (Consejo Nacional de Recursos para la Atención de la Juventud) hasta el 1981. Fue diputada suplente y diputada federal, senadora por el Estado de Querétaro, su ciudad natal. Tuvo varios cargos dentro del Senado como Presidenta del Comité de desarme de la Comisión de Relaciones Exteriores y de la Acción Mundial Parlamentaria, amén de otros cargos de partido.

En su actual cargo como Secretaria General de la CNOP, Silvia es protagonista y parte de la modernización del partido.

Silvia, ¿qué es la modernización del Partido?

—Es una puesta al día para proyectarse al futuro. Esto significa un esfuerzo interno de reforma, de autovaloración, de cambios, de no borrar de un plumazo lo que hemos sido siempre y que nos ha hecho lo que somos. Pero, ahora después de una consulta muy amplia y sistematizada vemos que necesitamos cambios, con mira a las próximas elecciones pero también como respuesta a una necesidad impuesta por la sociedad. La demanda de cambio surge de todo el universo, organizaciones, individuos. Esto provocó demandas específicas de la dirigencia del partido que a nosotros nos toca operar.

Los otros dos sectores del Partido, el obrero y el campesino ¿también entran a la modernización?

—Cada sector tiene su propia problemática, sus militantes son muy distintos. El sector obrero y campesino tienen en su seno una lucha de clases, y cada uno ha diseñado sus propios cambios.

Se dice que una parte de los militantes del PRI se opone y obstaculiza a estos cambios que propone la modernización, ¿existe una divisón en el partido por esto?

—Todo cambio genera resistencia. El Partido es sus hombres, sus mujeres, sus aciertos, sus errores. No es una sola pieza. Sus militantes forman una gama muy amplia. De manera que hay opiniones distintas. No es generacional, hay gente mayor que apoya el cambio. Hay jóvenes que son reacios. Más que generacional en una actitud o vital frente al cambio o interesada en el no cambio. Pero, no hay división en el Partido ya que luchamos por las mismas bases, de lo contrario no estaríamos militando en él.

¿Qué opinas de los jóvenes de la Corriente Crítica?



Silvia Hernández... Flexible en su vida personal y familiar.

—Son unos muchachos muy valiosos. Le atinan con sus observaciones a muchos puntos vulnerables. Tienen por su edad una frescura y gran entusiasmo y un interés legítimo en que el Partido mejore. Yo respeto mucho a los jóvenes, aunque a veces resulten medio latosos por lo incisivos, lo insistentes. Pero, creo que hay que escucharlos con oídos atentos porque a lo mejor ellos ven muchos asuntos que nosotros ya no miramos. Ahora, que no por ser jóvenes van a tener siempre la razón. Contar con la Corriente Crítica en el Partido es contar con una riqueza interna.

¿De qué manera se van a concretar en la realidad las propuestas hechas por la CNOP de acercarse a la sociedad?

Cada movimiento tiene su proceso, que se ajusta a sus propias características. El movimiento sindical no se puede hacen sin los sindicatos. El gremial no se podrá hacer sin los gremios. El trabajo con los técnicos y profesionales se hizo a partir de una propuesta inicial que prácticamente rehicieron. El de colonos ha sido un largo trabajo con ellos, que aunque en muchas ocasiones no tengan escolaridad, tienen talento. La mayoría de las dirigentes de colonos son mujeres, con hijos y muy preocupadas por sus comunidades. Estamos mirando a la sociedad con detalle para conocer sus organizaciones, comprenderlas en sus luchas. Nuestro proyecto es más de sumarnos a sus causas, de llegar a ellas.

Me hablas de las mujeres, tienes varias en tu equipo...

—Quisiera tener más. Pero, el campo político no ofrece muchas posibilidades. En el camino, donde la competencia es ruda y el trabajo muy demandante se van eliminando muchas. De manera que a nivel dirección somos aproximadamente un 20 por ciento. Este trabajo es de todo el día. Las mujeres deben tener resuelta su vida personal para poder dedicarse de lleno a esta carrera. Además a nivel dirección buscas a la gente con más talento. No importa si es hombre o mujer. No podrías inventar un comité formado por puras mujeres porque sería falso. La realidad no es así. Lo único que nosotros a nivel dirección podemos y debemos hacer es no obstaculizar a una mujer en su camino.

¿Cómo ha resuelto Silvia Hernández su vida personal para poder dedicarse a la carrera política?

—Según como las etapas se van presentando. Tengo que ser flexible. A veces tengo los fines de semana libres. Entonces me dedicó a mis hijos y mi marido. No contesto el teléfono, no recibo a nadie. Cuando salimos fuera de la ciudad, trato siempre de regresar a casa por la noche, aunque sea tarde. Si tengo desayunos los cito a las 9:30, porque para mí es importante despertar a mis hijos y despedirlos en la escuela. Respeto mucho mi tiempo personal, no quiero al rato quedarme con una vida personal vacía. El otro día un compañero me hizo notar algo que me dejo fría, cuando me despedí de mi hija en la mañana en la escuela me dijo: hasta mañana mami. Yo sé que tengo una prioridad con ellos y es que su madre funcione para ellos. No sé, a lo mejor no se han dado cuenta de la calamidad de madre que tienen porque no tienen otro parangón de comparación. Pero hasta ahora me ha funcionado. Cuando estoy en mi casa no pienso en la oficina, cuando estoy en la oficina no pienso en la casa.

Dejamos a Silvia Hernández organizando unas láminas y una reunión para el otro día. Incansable, entusiasta. Inteligente, diríamos que brillante, Silvia, dirigente de la CNOP, madre de dos niños de 4 y 5 años, esposa, colaboradora y amiga.

PERIODISTA TABASQUEÑO, DESCANSA YA

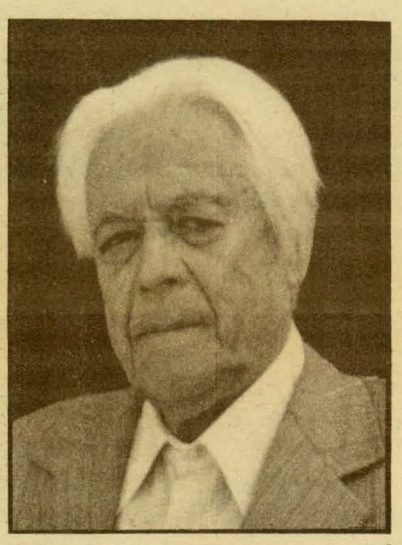
La Ceiba



alientan la violencia". • "Ahora que me he reencontrado con mi tierra miro sus expresiones desde otra perspectiva. Antes fue distinto. Hubo tardes en que, entusiasmado por su vigor y su violencia, me fui a campo traviesa al encuentro de una cortina de lluvia". • "Pobre Renato. A alguien se le ocurrió decir que era un bohemio y así lo considera todo el mundo. Pero la verdad es que Renato casi nunca bebe y es mucho más ordenado de lo que nadie pudiera imaginarse".



Alberto Peniche, generoso y magnífico amigo a quien también le dijimos adiós.



Renato Leduc, periodista de leyenda y el más enamorado de la ciudad de México.

con su extraordinaria inteligencia. Lo sobrevive también esta ciudad, que él hizo y deshizo en sus interminables caminatas; lo sobreviven los ríos de su tierra, que también se van al mar.

III

Pedro Ocampo Ramírez se fue yendo a Tabasco poco a poquito. Su amistad y su cercanía con el actual gobernador de su estado le brindaron la oportunidad de realizar uno de sus viejos sueños: "servir a la gente de mi tierra". Al principio de sus funciones como asesor hacía viajes frecuentes a Villahermosa. Los retornos se fueron demorando cada vez más. Supe que se alejaba definitivamente de la ciudad de México cuando me platicó que estaba empacando sus libros en cajas "porque no puedo vivir sin ellos. Acuérdate que tengo el maldito vicio de la lectura".

Prometió que pese a todo iba a mantenerse en contacto. Pedro cumplió su palabra. Semanaria o quincenalmente me hablaba por teléfono para hablarme de sus experiencias y reencuentros: recorridos por el campo, una ceremonia oficial, una cena de amigos, una noche tranquila de recuerdos y lectura en su casa.

Este enero, perseguido por la nostalgia y la inquietud que lo asaltaban durante las fiestas de fin de año, me habló para notificarme una decisión: "Ya lo pensé bien. Voy a comprarme una grabadora para ir narrando, durante mis ratos libres o de insomnio, algunas de las historias que he escuchado o bien ciertos capítulos de mi vida. Quizás al fin podrían formar un tomito de relatos de la selva. ¿Qué te parece?"

De este modo, Pedro cumplía con una demanda que muchos de sus amigos le hicimos frecuentemente; que se entregara más a la literatura. Riéndose, dispuesto como siempre a destruir todo vestigio de solemnidad, nos decía: "¿Escribir yo? No puedo. Ya saben que soy un flojo..."

Otras veces me llamó simplemente para hablarme del agua: los nubarrones, las lluvias torrenciales, los ríos crecidos, el olor de la tierra húmeda. Con cierta disimulada nostalgia, Pedro me confesaba: "Bueno, ahora todo esto lo miro desde aquí, un poco desde lejos; pero cuando era muchacho ¡me hubieras visto!"

Con el estilo impecable que adquiere el buen lector, Pedro me contó frecuentemente una escena que debió formar parte de los recuerdos más intensos que guardaba: "Hace muchos años, en un atardecer, andaba yo solo por el campo, a caballo. El cielo estaba resplandeciente de sol pero en un momento empezó a nublarse a lo lejos. Me detuve a mirar las nubes negras que venían rápido en dirección al sitio donde estaba. Me dio tanto gusto adivinar la tormenta, sentí tal ímpetu de vida, que acicatée al caballo y fui al encuentro de la lluvia. Sí, sí, literalmente al encuentro de una cortina espesa, espesa, que me envolvió. No sé cuánto tiempo cabalgué sintiendo la humedad, la tibieza que lo envolvía todo. La sensación fue tan viva entonces como ahora que te la cuento..."

Otras veces me relataba historias vividas en un trópico nocturno, lujurioso, vital: "Me dan ganas de llorar cuando me acuerdo de aquellos tendajones solitarios iluminados por mecheros. Las voces de los hombres que se reúnen allí para beber suenan muy tristes, melancólicas. Así, hablando de todo y de nada, se quedan esperando la caída de la noche. Al pasar frente a ellos le dejaban caer un 'buenas noches patrón' dicho con un tonito muy triste... sí, tan triste como la luz de ese mechero que iluminaba las pobres mercancías del tendajón donde realmente lo único que uno encontraba era cerveza..."

IV

Obsesionado por su tierra, Pedro Ocampo Ramírez también vivió fascinado por su infancia. Aun en los rincones de esta ciudad parecían estar aguardándolo sonidos, colores, pero sobre todo aromas que de inmediato lo remitían a los primeros años de su vida.

De eso nos habló muchas veces a quienes tuvimos el privilegio de compartir con él la mesa de un café —que en la primera etapa de su existencia algo tuvo de barco navegando entre un mar de automóviles—: Osiris Cantú, Juan Helguera, Carlitos Helguera, Raúl Moreno Wonchee, Romeo Rojas, Xavier Solórzano. En aquellas tertulias Pedro revivía escenas de su vida de niño, "cuando fue necesario liar cigarros y venderlos para salir adelante", o cuando "vi a Sandino y pensé que era Tom Mix", o de cuando —ya más joven— se sentía fascinado por alguna compañía trashumante que llegaba a Frontera para ofrecer el arte de "la Hermosa Tarima, que llega hasta aquí después de una exitosa gira por Tenosique, Balancán y El Guarumu".

En sus relatos, tarde o temprano, aparecían el Grijalva, el Usumacinta: "que de pronto se nos venían crecidos y entraban en la casa y lo desacomodaban todo. Entonces era necesario subirse a los techos o a los árboles... Para las mujeres aquello era tremendo porque significaba que cuando las aguas bajaran tendrían que limpiar el lodazal, lavar toda la ropa, los muebles. Para nosotros, que éramos chamacos, la subida del río era una maravilla porque entonces podíamos andar libremente, como salvajes. Cuando venga mi compadre, el Chato Pedrero, les voy a contar de cuando nos íbamos juntos a pescar. Yo debo haber tenido entonces unos seis años."

Después, cuando uno debía volver a su actividad cotidiana, Pedro se iba lento, solitario, hacia el Club de Periodistas "para hacer mi maquinazo". Así llamaba a sus artículos periodísticos quizá para eliminar el tono de solemnidad o trascendencia con que muchas veces los editorialistas se refieren a sus colaboraciones. Sin embargo, estoy segura de que si hoy releyéramos los trabajos que forman la última etapa periodística de Pedro Ocampo Ramírez descubriríamos en la mayor parte de ellos —si no es que en todos— un valor inmenso que es consecuencia de su decisión de aplicar siempre una máxima en su trabajo: "Siempre, antes de emitir una opinión, un juicio, procuro ver en todas direcciones, igual que si fuera a atravesarme la calle..."

V

El "maquinazo" y la llegada al Club de Periodistas eran en realidad buenos pretextos para encontrarse con antiguos compañeros o amigos con quienes reconstruía otra época de la ciudad, momentos de su vida que compartió con seres tan queridos como Ortega Colunga, René Arteaga, Guillermo Jordán, Renato Leduc.

Al velorio de Renato Leduc fuimos juntos. Al sa- (Sigue en la página 94)

Las contradicciones

Secretas

FRAGMENTO DE UNA MEMORIA CRITICA



Este texto es el último fragmento del capítulo final del libro Alejandro Gómez Arias, **miro que con ellas vas, que en breve se publicara. El libro se basa en una larga serie de entrevistas que por más de 3 años sostuve con don Alejandro. Está escrito en primera persona por razones obvias: quien habla es Gómez Arias.**

Alejandro Gómez Arias.

POR VICTOR DIAZ ARCINIEGA

Desde la infancia, salvo por las interrupciones producidas por los azares políticos en que mi padre se vio envuelto y que ya he referido, disfruté de una situación típica de la clase media alta y, a veces, de la burguesía. No conocí pues, ni la experiencia ni los rigores de una condición económica angustiosa. Tampoco conocí las presiones de una familia manejada por los extremos religiosos o la figura autoritaria de los padres. No, no conocí nada de eso. Después he vivido una vida tranquila, relativamente, sin que se incline a los extremos. Por lo tanto, en casa siempre ha habido seguridad familiar, nada ha faltado y nada ha sobrado en un equilibrio estable.

Dentro de éste ambiente de seguridad probablemente había ciertas condiciones que facilitaron o provocaron parte de mis actitudes. Mi inconformidad comienza a expresarse en ideas que podría calificar de progresistas y aún de radicales. No obstante, ante los ojos de los demás esto provocaba una contradicción. Un lugar común entonces: "Si Gómez Arias es tan radical como dice —incluso "comunista"— y vive en condiciones de tal bienestar, entonces por qué no lo da todo y abandona esa vida".

Esta contradicción probablemente existía, pero sólo en la apariencia. Pensaba que si me despojaba de los pequeños o grandes bienes que disfrutaba, eso no modificaría ni mi vida ni la vida social. Seguiría conservando mis ideas y seguirían habiendo injusticias sociales. Sin embargo, ese reproche que con frecuencia se me hacía perdía de vista un hecho: la seguridad que he disfrutado me ha otorgado la libertad para estudiar, observar, pensar, hablar y escribir sobre asuntos que nos atañen como hombres y como mexicanos.

Evidentemente una libertad de esa naturaleza provocaba cierta rivalidad entre mis compañeros de la Universidad y algunas otras personas. Creo que les molestaba algunas de mis manifestaciones que valoraban como burguesas. Mis ropas, mi estilo de vida, mis viajes y algunos otros detalles de esta naturaleza me los lanzaban como crítica. Pero no pasaba de ahí. Menos cuando otros compañeros eran verdaderamente ricos; algunos de abolengo porfirista y otros del nuevo cuño revolucionario. Ellos, como era natural, no tenían una posición política. Solo eran conservadores.

El problema no era la condición material sino la política. Por una causa política importante y con resultados reales, con gusto me hubiera desclasado. Muchas veces lo pensé pero lo pensé cuando la revolución entraba a su periodo de disolución y un cambio de esa naturaleza ya no tenía sentido. Además, la lucha y las críticas habían cambiado: ya no se dirigían contra mis condiciones materiales, sino contra mis posiciones políticas. Mejor dicho, era el momento en que se luchaba por escalar puestos burocráticos, con lo que no estaba involucrado.

Si acaso, el verdadero cambio se dio en otro sentido y dimensión. Reconocer y aceptar no como una contradicción sino como una unidad las condiciones materiales en que vivía y con mi posición política significó una tarea de asimilación más o menos larga. Durante algunos años observé que algunos conocidos míos del Partido Comunista llevaban una vida verdaderamente lamentable. Eran como unos mártires que padecían encarcelamientos, hambres y otras penalidades. Su heroismo me producía un gran sentimiento de simpatía, aunque consideraba que su forma de lucha y de vida estaba equivocada porque se volvían contra la sociedad en un acto de autosacrificio innecesario. Como ellos, también admiraba a Sashka Yagulev, pero no era mi modelo de vida. Algo profundamente temperamental —que no sabría explicar— me alejaba de este camino. El sacrificio como el de Sashka —que abandona los teatros por la lucha— o el de mis conocidos del PC estaba lejos de mis creencias. También en ese entonces reflexioné sobre figuras que desde tiempo atrás me habían llamado la atención, como Engels, Russell, Ratenau y otros más en quienes reconocía que su condición económica verdaderamente desahogada no había impedido su participación política en la vida pública y cultural.

Observar todo esto y admitir que el revolucionario no necesariamente debe estar muriéndose de hambre me llevó tiempo.

Más tarde, mucho tiempo más tarde, me he dado cuenta que hice otro tipo de renuncia: no me convertí ni en el burgués que atesora bienes y dinero, ni en el funcionario público que acumula puestos y se enriquece, ni en el abogado que tiene su despacho y atiende clientes de mucho copete, ni en el casafortunas, ni en tantas cosas que algunos anunciaban para mi porvenir. Sin embargo, este porvenir no era el que yo esperaba para mí mismo. Por el contrario, conforme pasó el tiempo aprendí a valorar el dinero en cuanto representa un instrumento de cambio: sirve para brindar comodidades y seguridad y para usar una libertad que puede ser útil a otros, a un pueblo, a una nación. Y también aprendí a valorar el poder: sirve para la toma de decisiones pero no para realizar cambios dentro de una administración imposibilitada para alterar sus propias rutinas.

Ya he comentado a Usted que yo tenía planes económicos provenientes de mi trabajo como consultor y del dinero familiar invertido aquí y allá, el cual en buena medida administraba. Por eso mi familia ni tenía limitaciones ni necesidad de mis ingresos. Para ella yo no representaba un apoyo material. Quiero decir disfrutaba de una enorme sensación de libertad. Pero en el reverso de la moneda había un rasgo negativo: si no hubiera tenido ese punto de apoyo familiar y material, me hubiera visto en la necesidad de llevar una vida más dinámica, más comprometida y, quizás, más útil. Igualmente, hubiera disminuido esa soledad un poco arrogante que me ha distinguido.

Esto lo digo no como queja, sino como una de las posibles variantes de la vida. Sin embargo, he estado en la soledad desde hace muchos años. Mi participación en la vida pública ha sido muy relativa y siempre como un francotirador. Antes mediante la oportunidad de alguna entrevista periodística, alguna declaración, o una nota; en fecha reciente a través de mis artículos. En todos los casos he representado a un ser raro en México, y raro por ser independiente, por no estar comprometido con partidos, gobiernos o personas. Esto no significa que fuera el único, pues sin duda debe haber en nuestra historia muchos como yo. Sin embargo, ellos no han sido tan visibles. Por eso me entrevistaban. Por eso me invitaban a los periódicos. Por eso mi opinión la han valorado como propia, independiente.

El licenciado Emilio Portes Gil, en una carta que remitió a mediados de los 70s a **Siempre!**, escribió lo que en muchas conversaciones me dijo —palabras más o palabras menos: "Nunca a nadie como a Usted se le ha insistido tanto para que participe en la vida pública y de gobierno". En sentido contrario también me reprochaba mi distanciamiento del gobierno. Sin embargo, no sé qué (Sigue en la página 94)